



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: italiano.]

Introducción a los trabajos

Jueves, 8 de octubre de 2026
S.Em.R. Card. Mario Grech

Con mucha frecuencia nos quejamos del ruido cada vez mayor que nos rodea, del flujo incesante de voces que se disputan nuestra atención. Sin embargo, también hay sonidos capaces de llegar no solo a nuestros oídos, sino a nuestro corazón. Entre ellos se encuentran los ecos. Un eco es la señal de que una voz ha recorrido una distancia, ha encontrado un espacio capaz de acogerla y ha regresado enriquecida por ese encuentro. En este sentido, nuestro encuentro puede entenderse como un ejercicio de escucha atenta de esos ecos que siguen resonando en la vida de la Iglesia y en el corazón de las familias.

Me permito, por lo tanto, describir este encuentro como una respuesta a los numerosos ecos que, como pastores, nos llegan desde diversos ámbitos de la vida eclesial y humana.

En primer lugar, está el eco de las palabras de Jesús, tal como han sido conservadas y transmitidas en el Evangelio. Este es el eco que resuena más profundamente en medio de nosotros. Estamos aquí porque el Señor nos ha confiado una misión: anunciar la Buena Nueva y dar testimonio de la alegría del Evangelio en todo momento y en cada circunstancia. El Evangelio de la familia es, en estos días de reflexión y diálogo, lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino. No es simplemente una voz entre tantas: es la voz fundacional, en la que debe inspirarse toda auténtica acción pastoral cristiana. Cada iniciativa pastoral, cada discernimiento, cada propuesta que formulamos encuentra, en última instancia, su origen y su criterio en el mensaje salvífico de Cristo.

Un segundo eco que estamos llamados a escuchar con atención es el del Magisterio de la Iglesia y, en particular, el de la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*. Este documento sigue suscitando en todo el mundo reflexiones, profundizaciones e iniciativas pastorales. A diez años de su publicación, se nos invita a escuchar cómo esta enseñanza sinodal ha resonado en las Iglesias locales: los caminos emprendidos, los frutos madurados, las dificultades encontradas y las cuestiones que siguen abiertas. Su recepción también ha conocido tensiones e interpretaciones diferentes. Todo esto forma parte de la historia que estamos recorriendo juntos aquí, preguntándonos qué hemos aprendido en el intento de traducir *Amoris laetitia* a la práctica pastoral. En cada Iglesia particular, la misma verdad del Evangelio ha inspirado respuestas pastorales diversas, moldeadas por los distintos contextos culturales, las tradiciones eclesiales, las oportunidades y los desafíos. Si bien el mensaje sigue siendo uno y el mismo, su recepción y su aplicación ponen de manifiesto la riqueza y la creatividad del

Espíritu Santo que obra en la vida de la Iglesia. Al escuchar estas diversas experiencias, podemos aprender unos de otros y discernir caminos capaces de enriquecer nuestra misión común.

Hay, sin embargo, un tercer eco que quisiera invitarlos a escuchar con especial atención: las voces de las familias mismas. Estas voces no nos llegan a través de estadísticas, teorías o conceptos abstractos. Nos llegan a través de las experiencias concretas de maridos y esposas, padres e hijos, parejas jóvenes que se preparan para el matrimonio, personas mayores que viven fielmente su vocación e innumerables familias que buscan encarnar el Evangelio en la vida cotidiana. Entre ellas hay muchas familias que son auténticos ejemplos de esperanza. Su esfuerzo diario por amarse, perdonarse, cuidarse unos a otros y volver a empezar da testimonio del Evangelio, a menudo en medio de grandes dificultades. Su testimonio merece ser reconocido, alentado y acogido con gratitud. Las familias son protagonistas de la misión de la Iglesia, y de ellas tenemos mucho que recibir y aprender. Su experiencia puede ayudarnos a comprender más profundamente cómo el Evangelio se hace carne en la vida cotidiana y cómo estamos llamados a anunciarlo hoy.

Fidelidad y fragilidad a menudo se entrelazan dentro de la misma historia familiar. Incluso las familias profundamente comprometidas con vivir su vocación pueden atravesar momentos de incertidumbre, tensiones en las relaciones, sufrimientos y situaciones en las que necesitan apoyo.

Numerosas familias se ven abrumadas por la incertidumbre económica, las presiones culturales e ideológicas, la fragmentación social y la inestabilidad política, mientras que otras sufren las consecuencias devastadoras de las guerras y los conflictos armados, que trastornan la vida familiar, separan a los seres queridos y obligan a muchos a abandonar sus hogares. Algunas cargan con cargas que parecen demasiado pesadas para soportarlas. Estamos invitados a escuchar también las dificultades que las familias enfrentan en su relación con nuestras comunidades cristianas y a preguntarnos cómo nuestra acción pastoral puede sostenerlas mejor. Incluso en situaciones marcadas por la incertidumbre y las heridas, permanece en el corazón humano un deseo profundo: amar y ser amados, pertenecer a alguien, construir relaciones estables y un futuro marcado por la esperanza. Prestar atención a este deseo puede ayudarnos a reconocer cómo la gracia de Dios ya está actuando en sus vidas y cómo el Evangelio puede responder a sus aspiraciones más profundas.

Nuestra tarea durante este encuentro es, por lo tanto, escuchar y, a través de la escucha, aprender de la experiencia y evaluar los caminos que hemos recorrido. Escuchemos el eco del Evangelio, que continuamente llama a la Iglesia hacia Cristo. Escuchemos el eco del Magisterio, que nos ayuda a interpretar los signos de los tiempos a la luz de la fe. Y escuchemos la voz de las familias, cuyas alegrías y esperanzas, tristezas y angustias siguen interpelando e inspirando nuestro ministerio pastoral. En estos días, todos estos ecos nos llegarán a través de los relatos y los testimonios de los demás: las familias que compartirán con nosotros su vida, quienes nos ofrecerán sus reflexiones y los hermanos pastores que contarán la experiencia de sus Iglesias. Dejemos que sus palabras nos lleguen y resuenen en nuestro interior, prestando atención a lo que, a través de ellas, el Espíritu Santo suscita, ilumina o pone en tela de juicio, y llevemos estas resonancias a nuestras conversaciones. Que esta escucha compartida profundice nuestra comunión y renueve nuestro compromiso de acompañar a las familias con la verdad del Evangelio, con compasión, sabiduría y esperanza. Que también nos ayude a comprender más claramente las diferencias y a reconocer los temas que requieren un mayor discernimiento. Y que nos haga estar más preparados para cumplir la misión que el Señor nos ha confiado y para anunciar, junto con las familias, la alegría del Evangelio.